

Introducción

«SOLO EN SU OCULTO CRECIMIENTO»¹.
DAG HAMMARSKJÖLD

Carlo Ossola

1. *El desasimiento*

Nuestra época, fascinada por los mitos de Ulises, por los emblemas de la sabiduría activa, ha olvidado un poco las virtudes que se refugian en el silencio: la paciencia, la renuncia, el desamparo, la pura pérdida de sí. No el *asimiento*, sino el «*desasimiento*» de Roland Barthes, la *Resistencia y sumisión* de Dietrich Bonhoeffer, el abandono, el desapego, la *Abgeschiedenheit* silenciosa del Maestro Eckhart, el hecho de «dejarse llevar, en sí, al reposo de sí» (tal vez podríamos traducirlo así), de «hacer el vacío» y el silencio en el interior y alrededor: «Por mi parte, alabo al desapego antes que a cualquier amor. Por la razón, en primerísimo lugar, de que lo mejor que hay en el amor es que me apremia a amar a Dios, mientras que el desapego apremia a Dios a amarme. Ahora bien, es mucho más noble que yo apremie a Dios a

1. «Solo en su oculto crecimiento, / estuvo en comunión / con todo lo que crece» (Dag Hammarskjöld, *Vägmärken*, Albert Bonniers, Stockholm, 1963). Esta estrofa pertenece a un poema fechado el 13 de septiembre de 1959: «Ojalá sea yo inmolado...» (citamos por la presente edición española, en adelante *Marcas*, seguido de la página; aquí p. 179). La mayor parte de los poemas de Hammarskjöld están contruidos en estrofas de haiku de 17 sílabas en tres versos (sin respetar siempre, no obstante, el reparto en 5, 7 y 5 sílabas).

mí, que no que yo me apremie a Dios»². El lugar en nosotros donde cesa toda arrogancia, a donde se accede de puntillas, la «existencia minimal» recibida con un justo retraimiento: «lo Neutro sería la habitación generalizada del más acá, de la reserva, de la ventaja del espíritu sobre el cuerpo»³. La «pura pérdida» es tal sólo si guarda la memoria no de la pérdida, sino de la pureza absoluta de esta desaparición sin huellas.

En el siglo de las máquinas y del superhombre –el siglo XIX–, de la «novela de formación», del protagonista que va a la ciudad –como el Renzo Tramaglino⁴ de Manzoni– por la experiencia, y la riña, y la historia, será Leopardi quien retome esta antigua meditación, mirando cómo la humilde retama renace de los lodos de nuestra ignorancia y de nuestra impotencia: «sulla mesta landa / in purissimo azzurro». Y Leopardi anota un pensamiento sobre la triste suerte de estas virtudes en la historia humana: «Εὐήθης, εὐήθεια, etc., bonitas, bonus vir, etc., bonhomme, bonhomie, etc., *dabben uomo, dabbenaggine*, etc. Palabras cuyos uso y sentido muestran cuánto estimaban real y popularmente los antiguos y los modernos la bondad (pues el pueblo determina el sentido de las palabras). Y recuerdo que cuando yo aprendía griego, siempre me veía en dificultades al dar en este εὐήθης, etc., siempre me parecía que semejantes palabras tenían un algo de elogioso, y no podía aceptar que se pudiesen entender de manera negativa, como exigía el texto»⁵.

2. Maestro Eckhart, *Von Abgeschiedenheit. Du Détachement*, trad. francesa de G. Jarczyk y P.-J. Labarrière, Payot-Rivages, Paris, 1995, p. 50.

3. R. Barthes, *Retenue*, en *Le Neutre*, Cours au Collège de France (1977-1978), ed. de Thomas Clerc, Seuil-IMEC, Paris, 2002, p. 120. E inmediatamente después, como en Cervantes y Dostoievski, la «Idiotez»: «Es evidentemente una virtud *Tao*: 'El sabio cuya virtud es acabada gusta de llevar en el rostro y en su exterior la apariencia de la estupidez'» (*ibid.*).

4. A. Manzoni, *I promessi sposi*, Milano, 1827. [Hay versión castellana de Juan Nicasio Gallego: A. Manzoni, *Los novios*, Rialp, Madrid, 2001.]

5. G. Leopardi, *Zibaldone*, § 4201, 18 de septiembre de 1826. [Hay una antología a cargo de Rafael Argullol traducida al castellano por Ricard Pochtar: G. Leopardi, *Zibaldone*, Tusquets, Barcelona, 1990.]

Al lado de Leopardi, Nikolai Leskov describe la «bonhomía», la ingenuidad, del justo en un conmovedor apólogo titulado *Un Beta*: «Teníamos en el campo, entre nuestros siervos, a un pequeño huérfano, Pagnka. Vivía en las dependencias de la mansión señorial, vestía lo que se le daba y comía con la vaquera y sus hijos. Sus funciones entre nosotros consistían en ‘ayudar a todo el mundo’. Dicho de otra manera, todos teníamos derecho a hacer que Pagnka hiciese nuestras propias tareas; así, trabajaba sin descanso»⁶. De *carga* en *carga*, termina entre los nómadas tártaros, que le confían la guardia de un bandido («iguarda a este hombre como a tu alma!»); pero le deja libre, como quisiera que estuviese su alma. El jefe de los tártaros considera en primer lugar condenarle a muerte, pero después reconsidera su decisión: «Creo que no se puede hacer morir a Pagnka, pues me parece que en él habita un ángel. [...] Quizás sea un justo»⁷.

«El justo» bíblico interroga, en el siglo XIX, al *self made man* y al *superhombre*: se queda más acá de su triunfo. El siervo es inútil, inútil el príncipe; e igualmente inútil será el ardor de Mishkin, el *Idiota* (1868-1869) de Dostoievski. Emblema de Don Quijote, *figura Christi*: «El príncipe – Cristo»⁸, el perfil y el papel de joven príncipe atormentará por mucho tiempo a su autor, que, en uno de sus esbozos, titulado *Síntesis de la novela*, observará: «Si Don Quijote y Pickwick, en tanto que personajes virtuosos, son simpáticos al lector, y están acabados, lo son porque son cómicos. El héroe de la novela, el príncipe, no es cómico, pero posee otro rasgo simpático: ¡es *inocente!*»⁹. Una inocencia que

6. N. Leskov, *Un Beta* (1892), en *Œuvres*, trad. francesa de Boris de Schloezer, Gallimard, Paris, 1967, p. 975.

7. *Ibid.*, p. 982.

8. F. Dostoievski, *El Idiota. Los cuadernos de «El Idiota»*, Cuaderno n.º 10, *Programa de la tercera parte*; trad. francesa, Gallimard, Paris, 1953, p. 889.

9. F. Dostoievski, *El Idiota. Los cuadernos de «El Idiota»*, Cuaderno n.º 10, *Síntesis de la novela*; trad. francesa cit., p. 879. Paul Hazard añadirá una brillante observación sobre el vínculo profundo que une *El Idiota* con

atraviesa la historia de la novela y trasciende la derrota: el príncipe vuelve a Rusia –tras una cura en Suiza para tratar su epilepsia (evidente alusión autobiográfica)–, se enamora perdidamente e intenta en vano redimir a su amada. La última escena, cuando la bella Nastasia Filíppovna ha sido asesinada, muestra juntos a Rogozhin, el asesino, y al príncipe, ambos arrasados por las lágrimas –lágrimas de culpabilidad en uno; lágrimas de perdón en el otro– «en completa inconsciencia» de sí: «Y si el propio Schneider se hubiera presentado entonces, desde Suiza, para ver a su antiguo alumno y paciente, también él, recordando el estado en que solía encontrarse el príncipe el primer año de tratamiento en Suiza, habría hecho un gesto de impotencia con la mano y habría dicho, como la otra vez: ‘¡Un idiota!’»¹⁰. En esta derrota, si la pureza del justo no redime, su *inocencia* permanece, no obstante, intacta –y se sustrae a las pruebas a que somete la experiencia–. Mishkin, como Oblomov, no cambia: sigue siendo perfectamente *íntegro* en su inocencia, en su humildad humillada (y aún se puede leer en los esbozos: «La compasión – es todo el cristianis-

Don Quijote: «El más grande de todos, el enfermo y el errante, el realista y el místico, el proscrito que ha encontrado en medio de los galeotes el sentido profundo de la humanidad, el autor que nos conmueve hasta el patetismo por los medios más simples, Dostoievski: éste también ha padecido el encanto que emana de la ascética figura de Don Quijote. Parece que escribiendo *El Idiota* haya transportado a la vida contemporánea el carácter del héroe español. Detenido en su desarrollo físico, enfermo, epiléptico, el príncipe Mishkin sigue siendo bueno, obstinadamente bueno; la ironía, la arrogancia, el egoísmo, no existen para él; pasa por la vida con toda la ingenuidad de su alma de niño. En consecuencia, excitará los sentimientos crueles que el hombre siente comúnmente ante los débiles. El milagro será que, poco a poco, sus burladores o sus perseguidores serán conquistados: reconocerán su superioridad, hasta el punto de que desearán recomenzar sus vidas siguiendo su ejemplo: hacia la bondad. Don Quijote triunfa...» (*Don Quichotte de Cervantès. Étude et analyse* par Paul Hazard, Mellottée, Paris, 1931, Libro VI, p. 358).

10. F. Dostoievski, *El Idiota*, IV, 11 [pp. 635-636 de la traducción de José Laín Entralgo y Augusto Vidal, Círculo de Lectores, Barcelona, 1989].

mo. [...] ¡La humildad es la fuerza más formidable que pueda existir en el mundo!»¹¹). Poco tiempo antes, Turguéniev había concluido su parábola de lo inútil y lo gratuito, sobre los hombres, con una conferencia titulada «*Hamlet y Don Quijote*» (1860), que es el más alto concentrado de todo lo que el espíritu ruso del siglo XIX ha reconocido y confiado al mito de Don Quijote: «Así pues, ¿qué expresa, repitámoslo, el personaje de Don Quijote? Ante todo, la fe; la fe en algo eterno, inmutable; dicho en pocas palabras: la fe en la verdad, verdad situada *fuera* del individuo, pero que le es accesible; verdad que exige de él servicio y sacrificios, pero que puede alcanzar si es constante en el servicio y generoso en el sacrificio. En todo su ser, Don Quijote no es sino entrega a su ideal, por el cual está dispuesto a soportar todas las privaciones posibles, a sacrificar su vida [...]»¹².

2. «Liberación y responsabilidad»

«El loco gritaba en la plaza. Nadie se detenía a escucharle. Así ha obtenido la confirmación de que sus tesis eran irrefutables»¹³. Esta anotación de Dag Hammarskjöld reúne y resume el legado que los héroes de lo 'incondicionado' nos han dejado a través de los personajes del *faqir*, del *Idiota* y de *Don Quijote*: «la pobreza, el heroísmo, el delirio»¹⁴. Encontramos aquí esos mismos caracteres que Dostoievski atribuía a *El Idiota* en sus *Cuadernos* preparatorios: «Los principales rasgos de carácter del príncipe: Abatimiento. Miedo. Sumisión. Humildad»¹⁵. Por este camino, los personajes que la literatura del

11. *Los cuadernos de «El Idiota»*, Cuaderno n.º 10; trad. francesa cit., p. 917.

12. I. Turguéniev, *Hamlet y Don Quijote*. [Hay versión castellana, Sequitur, Madrid, 2008.]

13. Dag Hammarskjöld, *Vägmärken* (pensamiento del 22 de diciembre de 1957); *Marcas*, p. 157.

14. G. Ungaretti, *Le pauvre dans la ville*, en *À partir du desert*, trad. francesa de Philippe Jacottet, Seuil, Paris, 1965, p. 60.

15. F. Dostoievski, *Los cuadernos de «El Idiota»*, Cuaderno n.º 10.